

CentrArte

Templo de San Bernardo

Quehaceres

Discos Chowell

Un mosaico de voces

La tradición de la crónica en el Centro Histórico



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

CIUDAD INNOVADORA
Y DE DERECHOS

El Centro Histórico y la tradición de sus cronistas

NO ES POSIBLE PENSAR LA CIUDAD SIN LAS NUMEROSAS FORMAS EN QUE sus propios habitantes, así como extranjeros que han estado de viaje o han residido aquí, la han narrado. Efectivamente, quienes han pisado esta ciudad no se han contentado con transitarla; se han dejado asombrar y, aún más, han querido compartir los asombros que se les han despertado al contemplar calles y mercados, plazas e iglesias, escuelas y talleres, pero sobre todo al conocer a la gente que habita esta urbe y sus costumbres diversas.

Desde el siglo XVI –con los soldados y misioneros españoles que llegaron por primera vez a estas tierras– hasta nuestros días –marcados por la comunicación digital en tiempo real–, se ha dibujado una rica tradición de cronistas. No solo han consignado lo que significa vivir en la capital, sino que han ayudado a forjar numerosos aspectos de la vida ciudadana. Por eso en este número invitamos a los lectores a aproximarse a varias de las voces que nos han dado identidad. Esperamos que lo disfruten.

Los editores

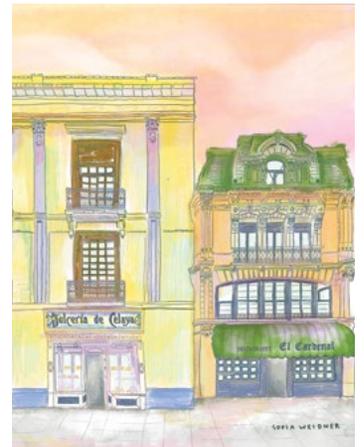


GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO



En portada

Mural de Antonio González Orozco, Hospital de Jesús
POR ALEJANDRA CARBAJAL



En contraportada
El Centro ilustrado
POR SOFÍA WEIDNER

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 13, NÚMERO 160
FECHA DE IMPRESIÓN: 20 DE ABRIL DE 2022

Claudia Sheinbaum Jefa de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación • **Laura Bretón** (pp. 2-5, 11, 15, 24-27), **Alejandra Carbajal** (pp. 8-10, 12, 13, 16-23) Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo • **Montserrat Mejía** Asistente • **Gil Camargo, Oriana JC, Sofía Meza, Adriana Quezada, Jorge Pedro Uribe Llamas, Carina Viquez** y **Sofía Weidner** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, Centro Histórico, Cuauhtémoc, 06010 • **Teléfonos:** 55 5709 6974 55 5709 7828 | 55 5709 8005

IMPRESIÓN: COMISA. General Victoriano Zepeda 22, Observatorio, Miguel Hidalgo, 11860 • **Teléfono:** 55 5516 8586

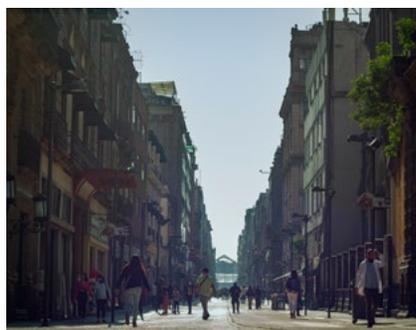
Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102

Escribenos a kmcerorevista@gmail.com

[f KmCero.CentroHistorico](https://www.facebook.com/KmCero.CentroHistorico)

[@kmcerorevista](https://twitter.com/kmcerorevista)

[@ fideicomisocentrocdmx](https://www.instagram.com/fideicomisocentrocdmx)



02 Rastros

Los vuelos en zeppelin



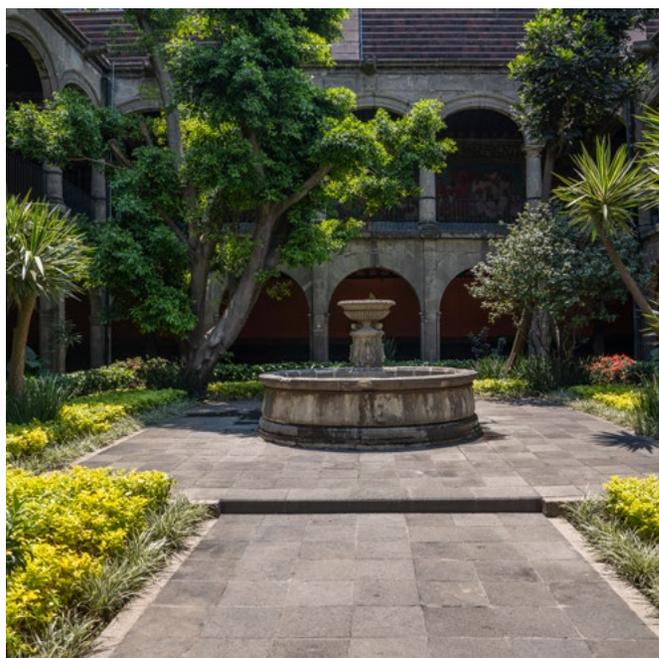
20 Quehaceres

Discos Chowell



24 CentrArte

Templo de San Bernardo



08 A fondo

La tradición de la crónica en el Centro



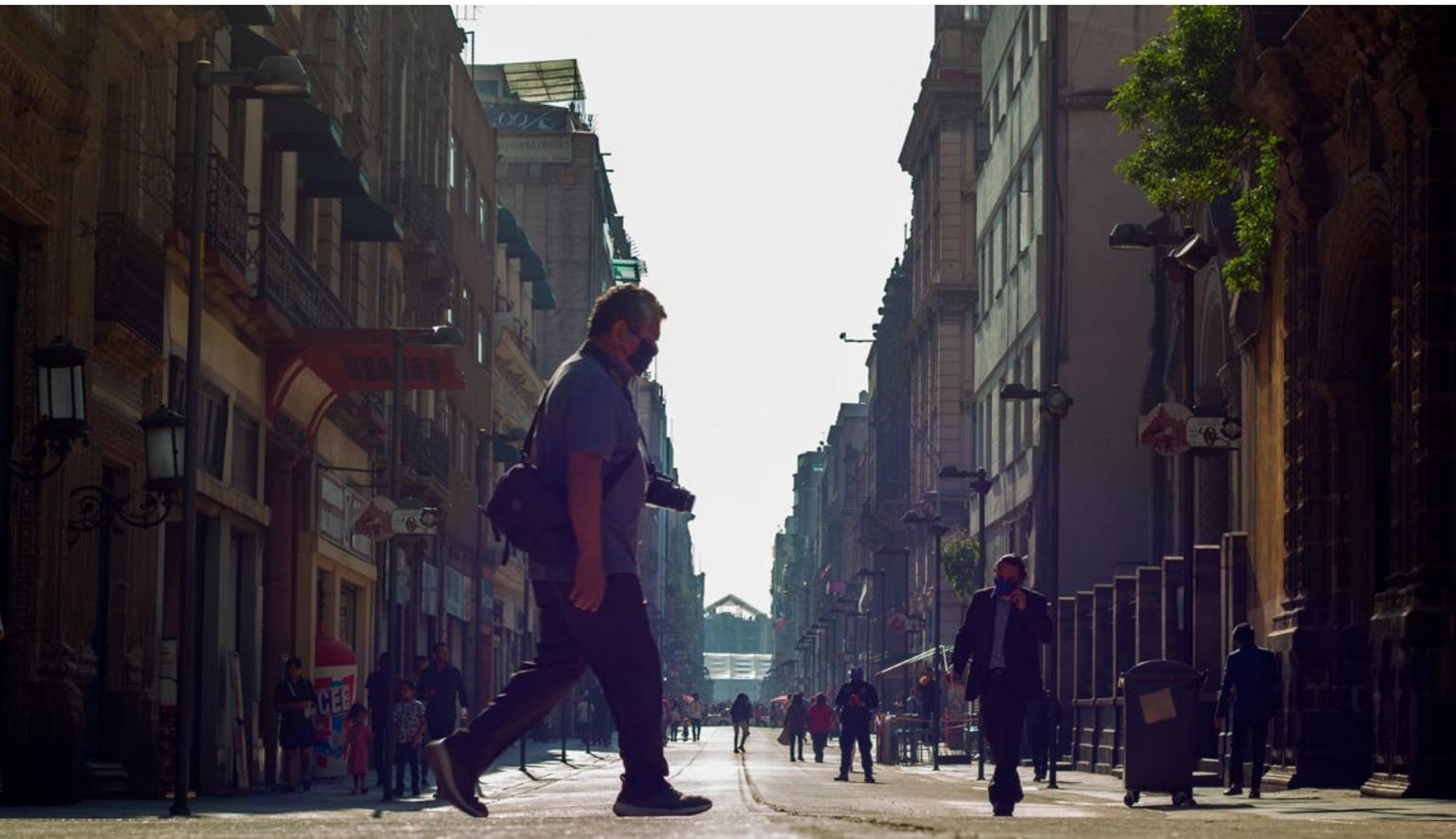
06 Instantáneas



28 Cartelera



32 Niños



Tres grados de separación entre el dirigible Zeppelin y el Centro de la Ciudad de México

POR CARINA VÍQUEZ



Al inicio del siglo xx los avances tecnológicos permitieron los viajes aeronáuticos, que despertaron un sentimiento colectivo de orgullo y esperanza. Más tarde, por ese entonces, sucedió una tragedia que conmocionó profundamente la opinión pública internacional. Este artículo relata las conexiones de esta catástrofe con una familia residente en el Centro Histórico.

LA CASA DEL MARQUÉS DE PRADO ALEGRE (DON FRANCISCO Marcelo Pablo Fernández de Tejada) fue edificada a comienzos del siglo XVIII, en 1725. En la fachada principal del inmueble, ubicado en la esquina de Madero y Motolinía, se lee: «Pasaje Pimentel», y se ve incrustado un bajorrelieve con motivos prehispánicos.

A principios del siglo xx, en esta misma casa había una droguería que comercializaba los productos de la farmacéutica alemana Beick, Félix & Cía, dedicada a la importación de medicamentos, así como a la fabricación

de productos químicos. Ocupaba el número 4 de la calle entonces conocida como la Profesa (en dicha esquina de Madero y Motolinía).

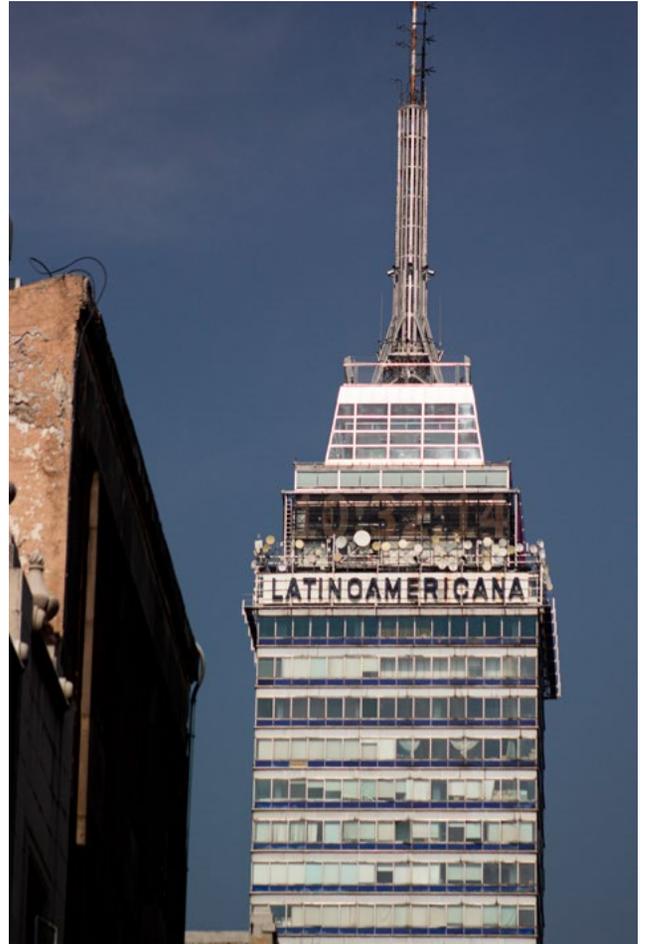
La droguería La Palma se anunciaba como «el almacén mejor surtido y más acreditado de la capital», y ofrecía variedad de «Drogas, productos químicos. Efectos de tlapalería. Especialidades, vinos, puros. Perfumería fina, etc., etc.». Hasta «tintura» para quitar las canas y otras curiosidades, como pastillas para curar ciertos y peculiares males. Para 1917, según periódicos de la época, la nomenclatura ya había cambiado e indicaba la calle de Madero 39.



Grabado de José Guadalupe Posada en torno a los vuelos en dirigible

Como parte de esta empresa, y con el cargo de gerente general y ejecutivo farmacéutico, German Doehner llegó a México junto con su esposa Matilde y sus tres hijos, Irene, Walter y Werner. En mayo de 1937, la familia Doehner, de origen alemán, pasó unas vacaciones en su país de origen. Al término de ellas, compraron cinco boletos para regresar al continente americano a bordo del dirigible Hindenburg, construido por la compañía alemana Zeppelin. Después de un vuelo transatlántico, aterrizarían en Nueva Jersey, Estados Unidos, y la familia, radicada en la Ciudad de México, regresaría en tren a esta capital.

El dirigible era entonces el medio de transporte aéreo más grande y lujoso que existía; medía doscientos cuarenta y cinco metros de largo (para hacernos una idea, podemos comparar su tamaño con el de la Torre Latinoamericana, que mide ciento ochenta y dos metros de alto en su punto más alto) y cuarenta y uno de diámetro; además, era el modo



Torre Latinoamericana

más rápido de cruzar el Atlántico, pues el trayecto duraba menos de tres días. Hay que recordar que cruzar el océano era todavía una proeza que requería mucho tiempo y hacer varias escalas; y los intentos en avión o dirigible habían comenzado apenas en 1919.

Entonces, ¿qué pasó con la familia Doehner? El plan que había trazado tuvo un giro imprevisto. El 6 de mayo de 1937, bajo el inicio de una tormenta y en plena maniobra de aterrizaje, un fuego inesperado comenzó en la parte posterior del dirigible y se propagó consumiéndolo todo en aproximadamente treinta y cinco segundos. De los noventa y siete pasajeros sobrevivieron sesenta y dos, entre ellos, tres integrantes de los Doehner (aunque en algunas fuentes la cifra de víctimas varía). Con esta catástrofe se acabaron los viajes para pasajeros en dirigibles.

Matilde regresó a la Ciudad de México con sus dos hijos varones, Walter y Werner (este último de ocho años de



Palacio de Minería

edad). Más tarde, ambos estudiarían ingeniería en la Universidad Nacional Autónoma de México. Según la página de TESUNAM, el mayor de los dos hermanos, Walter Doehner, y siguiendo los pasos de su padre, obtuvo el título en ingeniería química en 1950, con la tesis *Proyecto de una planta de purificación de glicerina de lejías de jabón, por medio de destilación por arrastre con vapor de xileno*. Para 1950 la Escuela Nacional de Química Industrial se ubicaba en Tacuba, al norte de la ciudad, y en 1953, al igual que otras escuelas, comenzó su mudanza a Ciudad Universitaria.

Por su parte, Werner estudió Ingeniería eléctrica. No hay datos de su tesis, pero Werner debió cursar sus materias en el Palacio de Minería, sobre la calle de Tacuba. En 1954 algunas de las carreras impartidas en este recinto del siglo XIX se trasladaron al entonces nuevo campus universitario del sur de la capital, pero solo para las primeras generaciones, pues las anteriores permanecieron en Minería para aprovechar la

disponibilidad de laboratorios y gabinetes. Dado que para 1954 Werner tenía ya veinticinco años de edad, es factible que haya estudiado en el Centro de la ciudad, es decir, en el entonces llamado Barrio Universitario, lugar de encuentros, librerías, cines y cafeterías, por lo que el joven Werner debió recorrer incontables veces aquellas calles.

De aquellos sesenta y dos sobrevivientes del desastre del Zeppelin, Werner fue uno de los más longevos. En la década de 1980 emigró a Estados Unidos, donde falleció el 8 de noviembre de 2019, a la edad de noventa años. Sobre aquella droguería, los vuelos en dirigible o el Barrio Universitario ya queda nada o muy poco. Perdura la fachada de aquella casa donde se vinculó la química y la historia de una familia alemana, naturalizada mexicana, con una tragedia sucedida hace ochenta y cinco años, muy lejos de la Ciudad de México, pero que había cambiado para siempre la vida de dos jóvenes que en ella vivieron. 📍

La imagen del día

¿Quieres ver tu foto publicada como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar.

Solo manda tu fotografía del Centro Histórico con un título a kmcerorevistach@gmail.com o a través de nuestras redes sociales:

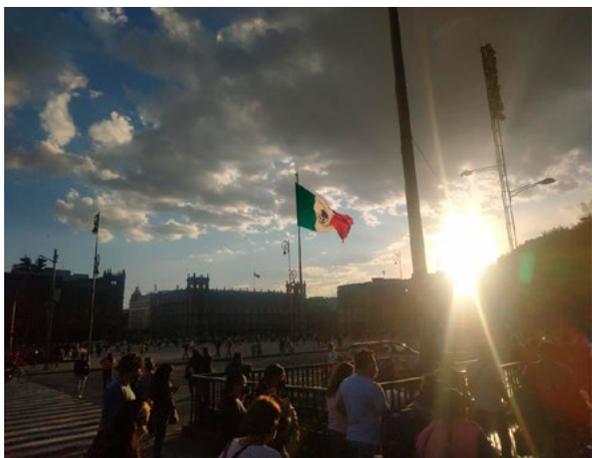
 @fideicomisocentrocdmx

 @kmcerorevista

 KmCero.CentroHistorico



El Palacio, Adolfo Vazquez



Todo en movimiento, Alberto Ávila Lezama



Vista lateral de la calle 20 de Noviembre, Nelly Mendoza



Constituir, JoGu Castro



Bandera, Sebastian Foster



Madero en Bellas Artes, Marcelino Gaytán Godínez

Aquello que no decimos se expresa elocuentemente en los signos callados de los edificios de la ciudad.

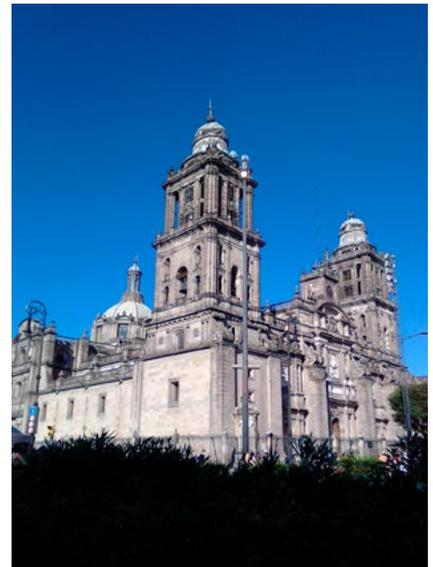
Slavoj Zizek



Despidiendo al sol, Guillermo Arlequín Cassiel Tejeda



Leona Vicario, César Antonio Serrano Camargo



Catedral, José Roberto Araujo González



Paisaje, Paulina Constantino



Templo de letras, Antonio Sevilla



Ciclismo de altura, Edgar Castellán



LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE DE LA CRÓNICA

POR JORGE PEDRO URIBE LLAMAS

No podríamos comprender la ciudad si no consideráramos todas aquellas voces que se han dedicado a narrar los detalles que le han dado vida a lo largo de los siglos. Calles, plazas, rincones, personajes entrañables, costumbres insólitas... Prácticamente nada ha escapado a la vasta tradición de la crónica. Este texto –de la pluma de uno de sus representantes actuales– nos invita a acercarnos a dicha tradición, que refleja la diversidad capitalina.

Definir es limitar

¿Qué es la crónica? Juan Villoro intenta una solución útil y simpática: el ornitorrinco de la prosa. Pato, castor y nutria: periodismo, narrativa y poesía (o dramaturgia, ensayo, etcétera). Sin embargo, esta frase de Carlos Monsiváis me gusta más por certera: «Reconstrucción *literaria* de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas».

Yo me dedico a la crónica y aún sigo sin concebir una definición propia. Deduzco, no obstante, que alguna relación habrá de mantener con la historia. Me acuerdo de una conversación al respecto que en cierta ocasión sos-

tuve con Ángeles González Gamio, cronista del Centro desde 1992:

–Los cronistas no somos historiadores.

–Pero entonces ¿por qué nos gusta tanto la historia? ¿A qué se debe que siempre andemos metidos en el pasado reciente o remoto?

–Porque nuestro trabajo es la historia. Pero la historia del presente.

Tiene razón la autora de *Corazón de piedra* (2006). Nos gusta el pasado porque nos interesa el presente. Después de todo, el pasado no existe, pues siempre se ha vivido en el ahora. Eso le gustaba decir a Guillermo Tovar, último cronista oficial de la Ciudad de México hasta 2006.



República de Chile

Mi ahora transcurre en la esquina de Cuba y Chile, zona de novias y ceremonias. Desde aquí relato lo que veo, escucho, huelo, saboreo y toco cuando salgo a la calle; también lo que leo.

Con suerte, habrá quien se ocupe de lo mismo en la Merced, San Juan, Mixcalco, La Lagunilla y otras partes del Centro, una ciudad en sí misma, con más de trescientas manzanas y una necesidad continua de voces que la relaten; que escriban su historia del diario. De ello resulta que no exista un solo cronista del Centro, nombrado en ceremonia solemne con toque de espada sobre los hombros. Ni siquiera González Gamio, cuya reputación es precedida más bien por un trabajo consistente y probo.

Luego están los otros, los no tan famosos. Citemos a algunos de bote pronto. Vivos o muertos, da igual, lo importante es el trabajo que dejan: Alberto Beltrán, a través del

dibujo, y Rafael Guízar, con sus acuarelas; Armando Jiménez, desde los lugares de gozo y retozo; Alfonso Hernández con Tepito en el corazón, ese barrio bisagra del que también procede Armando Ramírez; algún fraile dieciochesco por el que ya nadie pregunta en las librerías de Donceles; Mónica Unikel y sus paseos por el antiguo barrio judío: calles de dura cerviz y gentil nomenclatura.

Es una buena noticia que haya diversidad en la crónica: de índole histórica, periodística, literaria, viajera... Siempre con el afán de hacer partícipes a los otros de algo en particular. Escribe Alejandro Dumas: «En ciertas almas existe una invencible necesidad de compartir con los demás las impresiones que han recibido. Son estas las que sienten intensa, sincera y profundamente».

El cronista da a conocer lo que conoce, volviéndolo antojadizo. Sin abusar del edulcorante artificial de la nostalgia.



República de Cuba



Eje Central

Con un pie en la literatura y otro en el periodismo, aunque para Federico Guzmán Rubio la crónica es «una bestia de cuatro patas», con la tercera en el yo del autor y la cuarta en alguna otra parte. Para mí que esa cuarta son los detalles.

Pero sigamos con los conceptos. ¿Qué es el Centro?, ¿cuáles son sus límites?

Por un lado tenemos los perímetros A y B, denominaciones administrativas, y por el otro un Centro más expansivo: islote que se vuelve ciudad, país y hasta mundo.

Decía Monsiváis en 2006:

El Centro: atmósferas, personajes y tradiciones. Instituciones mayores o menores de la ciudad, hervidero de cantinas y cabarets, pasarela de restaurantes, negocios sustentados en los tributos de

la soledad. Eje del orden y el desmadre. Perímetro jovial de escuelas universitarias, oficinas públicas, mercados, iglesias virreinales, rentas congeladas, cabarets, comercios a la antigua, vecindades, edificios lúgubres. Almacén de nostalgias prematuras y póstumas.

Se queda corto el cronista. Faltan los antros gays; la copiosa fauna que se oculta en la flora, la intestinal y la otra; el turismo rampante como consecuencia de la pandemia; las banquetas enjabonadas al principiar la jornada; los Pokemones, la Frikiplaza...

Cualquiera se queda corto al intentar describir el Centro. Definir es limitar y al Centro no le queda bien el corsé. Es un animalito *queer*.

Otro ornitorrinco.



Hospital de Jesús



República de Guatemala



Emiliano Zapata y Santísima

Vámonos por partes

En el principio fue el Hombre de Balderas, hace unos diez mil quinientos años. Noventa y un siglos después, la fundación de Tenochtitlan. En 1521, el establecimiento de la Ciudad de México mestiza o española o si se quiere, renacentista. Yo iniciaré aquí por cuestiones de espacio.

Así, los primeros cronistas de la ciudad son los llamados «de Indias». Los que le reportan al rey de España, como en las *Cartas de Relación* (1519-1526) de Hernán Cortés, o le cuentan al público sus aventuras acá, entre estos, el Conquistador Anónimo (ca. 1533) y Bernal Díaz del Castillo (1568). Igualmente López de Gómara (1552), aunque él sin pisar la ciudad: la suya es una crónica de oídas.

Por ellos y otros más –Motolinía, Durán, Mendieta– tenemos noticias de lo sucedido antes, durante y después de la Conquista en estas calles mitad de tierra, mitad de agua.

También por las voces mexicas que tuvo a bien compilar Miguel León-Portilla en su *Visión de los vencidos* (1959). Una muestra es este canto de 1528 sobre los últimos días del sitio de Tenochtitlan:

Gusanos pululan por calles y plazas
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas.
Hemos comido palos de colorín,
piedras de adobe, lagartijas,
ratones, tierra, gusanos.

Luego está Bernardino de Sahagún, ese fraile franciscano que dicen que era tan guapo que sus superiores le recomendaban no salir a la calle. Pero vaya que salía. Y entrevistaba a todo aquel que se dejara. Como un etnólogo *avant la lettre*. Así reunió material para su *Historia general de las cosas de Nueva España* (1540-1585), obra monumental repleta de chismecito caliente: fantasmas, plegarias, astrología, botánica, historia...

Del siglo *xvi* también destaca Francisco Cervantes de Salazar, primer cronista oficial de la Ciudad de México. Oficial por designio del rey. Hoy todo el mundo lo recuerda por sus *Diálogos latinos* (1554), libro al que hace una década le sacudieron el polvo González Gamio, Eduardo Matos



Brasil y Cuba

Moctezuma y Vicente Quirarte a través del espléndido *1554 México 2012*.

Así se expresa uno de sus dialogantes sobre la calle que hoy conocemos como República de Guatemala: «Sigue en línea recta hasta la fortaleza que llamamos Atarazanas y tanto se alarga que ni con ojos de lince puede vérselo el fin». Asimismo estos se detienen ante el Hospital de Jesús («hermosa es la fachada y excelente la disposición del edificio») y la mansión de Brasil y Cuba («hermoso es el patio, adornado de columnas de piedra que forman portales a los lados»), entre otros lugares.

Pero Cervantes cuenta con una obra más importante, *Crónica de la Nueva España*, concluida en los años sesenta de aquel siglo. Una delicia cuyo mayor mérito es su apuesta por llevar al presente un pasado reciente. Como cuando después de narrar «de un extraño caso que a Moctezuma acaeció estando determinado a salirse de México» se nos revela que el pescador de nombre Quahutín que descubre la huida del gobernante es el ancestro de «ciertos indios principales que viven en el barrio de San Juan».

De los siglos virreinales subsecuentes poco puede de-

cirse que no sea religioso o gubernamental. Pero no por ello carente de interés. Ahí están las variopintas crónicas de Balbuena, Torquemada, Sariñana, Sigüenza y Góngora (precursor del reportaje novelístico con su *Infortunios de Alonso Ramírez*, de 1690), Castorena Ursúa (la mente detrás de nuestro periódico decano, *Gaceta de México*), Viera, Veltancourt, Villarroel y otros a quienes no debemos desdeñar.

Juan de Viera enlista las frutas que se venden en el «teatro de maravillas» que es la Plaza Mayor de México a finales de los 1770: «Camote de Querétaro, mezcalillo, zapote blanco, damascos, granaditas de China, chirimoyas, pitahaya, moras, castañas, garambullos, dátiles, piñones de Cambray, guamúchiles, timbiriches».

Se agradecen mucho estos detalles. Qué triste sería fijarse solo en la riqueza de las sacristías de Santo Domingo y San Francisco, el trono de plata maciza de San Agustín, el «portentoso y maravilloso Cristo de Ixmiquilpan» de Santa Teresa la Antigua o «el Hospital del Amor de Dios, donde se cura el morbo gálico».

También toca hablar de las chirimoyas.

Los detalles, los detalles...

El siglo de los cronistas

Para entender el XIX y su bélico acento es aconsejable leer a sus cronistas. Tanto realistas como insurgentes, centralistas o federalistas, liberales o conservadores. El lector inteligente no ensalza ni denuesta ninguna postura política, su mente es más abierta que eso.

Dice José Emilio Pacheco que nuestra mejor literatura de aquellos años hay que buscarla en el periodismo y la historiografía. Como quien dice, en la crónica. Serán los efectos de la Ilustración, la Revolución Industrial, el imperialismo gabacho. A saber.

Lo cierto es que los cronistas decimonónicos parecen rodeados de una cierta amenaza de tedio actualmente. «Nada nos dicen esos señores y además no soy historiador», aventura Monsiváis que esto piensan muchos cuando se enfrentan a autores como Guillermo Prieto, Manuel Payno o Francisco Zarco.¹

Desde luego no son los únicos a los que debemos atender. También están Fernández Lizardi, quien se encarga de exhibir los diferentes rostros del Centro a la vez que alecciona a sus lectores, ora merced de sus novelas, ora a través de la poesía (*en Tumbaburros² habitan / infinidad de borrachos / y te advierto que los hay / muy decentes y planchados*); Niceto de Zamacois, que al referirse a una casa de vecindad del barrio

de la Palma³ en 1852 se jacta de haber recorrido «a las 11 y 12 de la noche, por espacio de muchos años, los barrios más peligrosos sin llevar arma ninguna»; o José Luis Blasio y sus noticias sobre el periodo de Maximiliano (los arreglos al Palacio, los invitados que llegan tarde a los bailes y no los dejan pasar, el emperador mezclando champaña con pulque en una excursión nocturna a Texcoco).

Y, por supuesto, los viajeros, de quien ya se ha ocupado José Iturriaga largamente. Aparte de la obra de Humboldt, destacan las crónicas de la marquesa británica Calderón de la Barca (1843) y la condesa austriaca Paula Kolonitz (1864).

Mientras que la primera nos cuenta de la «mezcla de aristocracia e indolencia» que impide a las «doñas mexicanas profanar las suelas de sus zapatos con el contacto de la madre Tierra» al pasear por la Alameda, la segunda se expresa con tal grado de franqueza que hasta termina cayéndonos bien: «En el Paseo de Bucareli hay una plaza de toros, espectáculo con el cual la población se exalta y regocija, yo fui incapaz de asistir a aquella bárbara alegría».

Pero volvamos con los señores rodeados de cierta amenaza de tedio. En primer lugar con Guillermo Prieto, nacido en el Portal de Tejada 5.⁴

De dentadura averiada, piocha y anteojos de varillas de oro, Prieto fue el autor de un fecundo trabajo que bien podemos resumir con una frase conmovedora suya: «Porque era el pueblo humilde toda mi ciencia».

Durante el siglo XIX, lo más destacado de la literatura mexicana se encontraba en los géneros periodísticos y la historiografía.

¹ La frase proviene del libro *Las herencias ocultas* (2000), donde Monsiváis explica a autores como Juan Bautista Morales, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio y los mencionados. Un libro útil para iniciarse en la crónica del XIX. Lo mismo que *Elogio de la calle* (2001) de Vicente Quirarte, amena biografía literaria de la Ciudad de México a partir de 1850.

² Actualmente, la Plaza de Las Vizcaínas.

³ Aproximadamente el área conformada por las calles de Santo Tomás, Gurrión, Rosario y General Anaya.

⁴ Actualmente, Mesones 10, junto a Discos Chowell.



Su obra cumbre es *Memorias de mis tiempos*, biografía social de póstuma aparición (1906)⁵ que permite apreciar su patriotismo, aversión a la pedantería y enorme conocimiento de la calle y la política. Tampoco podemos dejar de lado su poesía, los cuadros de costumbres⁶ y el aluvión de artículos periodísticos, como esta crónica de 1875 que evoca una dura escena ocurrida veintiocho años antes:

Los *yankees* se fueron metiendo por San Francisco y Plateros y por la Mariscala. Venían con sus pasotes muy largos, grandotes, colorados y con sus mechass güeras, con sus caras como hechas todas de un solo molde. Son de lo más tosco y sucio que puede verse. Van todos desguangüilados. Se fueron metiendo a Palacio. Aparecieron en el balcón como para sacarnos la lengua, se oyó un gruñido en toda la plaza. Scott estaba con su *gury gury* como quien predica en el desierto.

Verdaderamente, el empeño formal dominando sobre las urgencias informativas.

Un caso semejante es la famosa crónica de Altamirano sobre la Candelaria de los Patos, de 1869. Reproduzcamos algunas frases: «Uno de los barrios más espantosos de la ciudad», «aspecto de desolación», «callejuelas sucias e infectas», «la atmósfera es asfixiante».

No todo es queja, sin embargo. El cronista también toma nota de los «pequeños prados en que crecen quelites con exuberancia», que «cocidos en agua forman con algunas tortillas el alimento diario». Y se toma el tiempo de observar a un zapatero tullido, un peón albañil y niñitos tísicos que lo motivan a levantar la voz: ¡hasta la Candelaria no llegan el sabio médico, el ángel de la caridad ni el sacerdote!

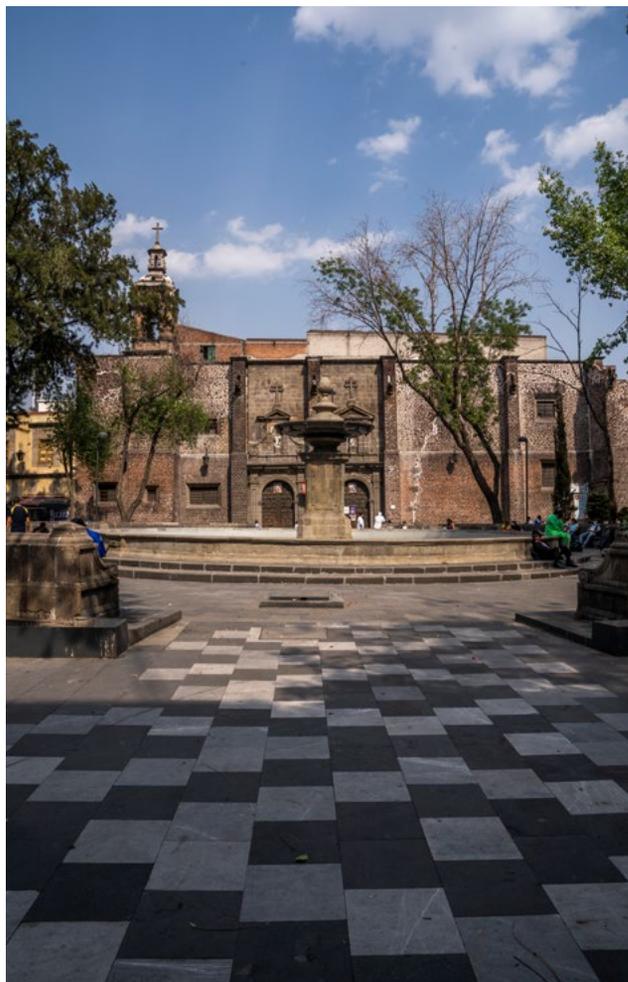
Ángel de Campo pinta escenas por el estilo en *La Rumba* (1891),⁷ donde el barrio de San Sebastián⁸ es «una temida guarida de asesinos y ladrones» y la iglesia una ruina. ¿Puede el lector de 2022 imaginar el aspecto de aquella plaza y su pulquería Los Ensueños de Armando en el desaparecido portal?

⁵ La cual comprende, en dos partes, desde 1828 hasta 1853.

⁶ Se recomienda especialmente «Ojeada al Centro de México», de 1842.

⁷ Novela por entregas que solo se publicó en forma de libro hasta 1958.

⁸ Aproximadamente el área conformada por las calles del Carmen, Costa Rica, Manuel Doblado y Lecumberri.



Plaza de Loreto

Cerremos el XIX aludiendo a dos grandes de la crónica: Manuel Gutiérrez Nájera y Manuel Payno.

El primero, un refinado cronista de actualidad. «Yo vi bailar bajo las estrellas la cúpula de Santa Teresa, de pronto pasó la borrachera, los santos de piedra se recogieron en sus nichos, cesó el *can-can* de las torres», escribe a propósito de un temblor en noviembre de 1894.

El segundo, un regocijado relator de la Ciudad de México finisecular. No existe una estampa más viva del solaz del populacho capitalino que la que leemos en el capítulo XIX de *Los bandidos de Río Frío* (1891). O eso le parece a uno, que tanto ha disfrutado de esta novela coral con las calles del Centro en primer plano.

Todos debemos leer a Payno, es nuestro Galdós.



Plaza de Loreto

Aldabonazos y claxonazos

El siglo de las grandes guerras y la cultura de masas inicia en la Ciudad de México, en términos de crónica urbana, con José María Marroqui. Dos años después de su muerte se publican los tres tomos de su valiosísimo *La Ciudad de México* (1900). Calle por calle va el cronista recorriendo el Centro a fin de indagar sobre el origen de las toponimias, los vecinos ilustres y las historias y sucesos de antaño.

Por ejemplo, esta descripción de la Plaza de Loreto:

En época muy lejana se mandaron plantar en ella algunos sauces que vivieron y murieron por sí solos. Así las cosas, vino una fiebre municipal que con diversos pretextos acabó con casi todas las plazas. Víctima de esta fiebre fue la plazuela de Loreto: se

pensó poner en ella un mercado de fierro y vidrio, aprobado por el Ayuntamiento en mayo de 1888. El mercado no fue lo que se esperaba y la plaza quedó perdida.

Es el tipo de detalles con que nos obsequia Marroqui. Un *nerd*, diríamos hoy. Igual que el geógrafo Antonio García Cubas, responsable de despedir la centuria anterior con el *Libro de mis recuerdos* (1904), integrado principalmente por narraciones históricas, anecdóticas y costumbristas.

Sin embargo, la crónica de nuestro siglo xx solo se inaugura formalmente, yo considero, con Ramón López Velarde, narrador consumado que logra una nueva forma de relatar el Centro: a pie, meditando, como un Baudelaire del Bajío que reparte su corazón entre la Iglesia y las prostitutas del callejón de Cuauhtemotzin.



Vizcainas

Para apreciar su sensibilidad se recomienda leer «La avenida Madero», de 1917.

López Velarde influye en el estilo de su amigo Artemio de Valle Arizpe, autor del libro *Por la vieja Calzada de Tlacopan* (1937) y una notable crónica sobre la Decena Trágica.⁹ Asimismo, de una bonita reseña de la Tortería de Armando, cuando esta funcionaba en la calle de Motolinía:¹⁰ «Era un placer grande el comer estas tortas magníficas, pero el gusto comenzaba desde ver a Armando prepararlas con habilidosa velocidad».

La lista de cronistas del siglo pasado es larga, larguísima. En ella sobresalen Luis González Obregón, prolífico escritor de leyendas de sabor colonial (no hay que perderse su relato «Un aparecido», de 1927), y Salvador Novo, de sonrisa triste y humor punzante. A mí me gusta su colección

⁹ Incluida en el libro *El Palacio Nacional de México* (1952).

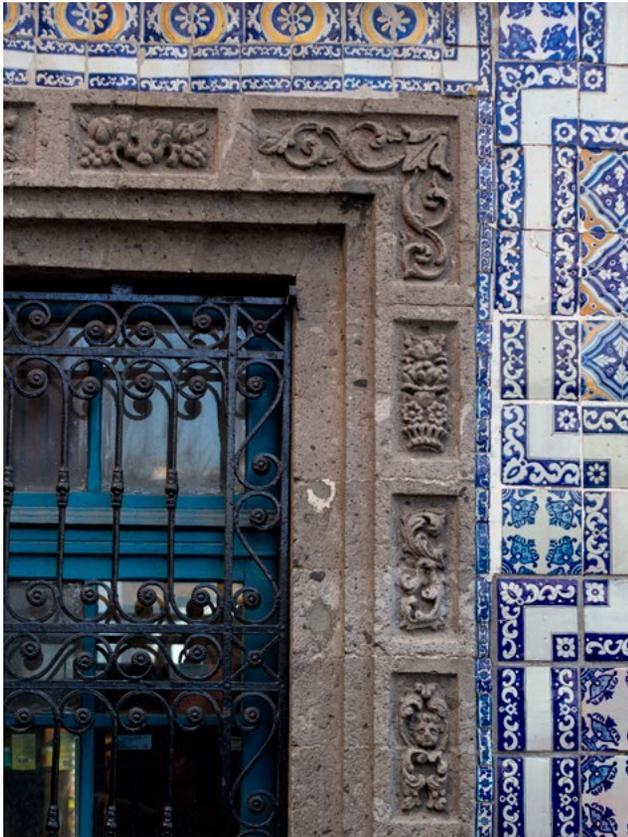
¹⁰ Su último local en el Centro, en Donceles, cerró sus puertas a inicios del año pasado. Quiere la tradición que Armando haya inventado la torta en 1892.

Las locas, el sexo, los burdeles (1972) por el desenfadado y prosa resuelta. Con todo, su trabajo más conocido es el ensayo *Nueva grandeza mexicana* (1947), en el que su autor le ofrece un abundante paseo por el Centro y más allá a un amigo imaginario.

Por último conviene mencionar, aunque solo sea de refilón, el libro *Todo empezó el domingo* (1963), de Elena Poniatowska y Alberto Beltrán. A ella le debemos también el testimonio novelado *Hasta no verte Jesús mío* (1969) y las crónicas del terremoto de *Nada, nadie* (1988). También el último capítulo de *La Flor de Lis* (1988). Todo muy centrícola y sincero.

¿Valdrá la pena detenernos ahora en Monsiváis por enésima vez?

Mejor pasemos de largo a los relatores más conspicuos del Centro –entre ellos Carlos Fuentes y *La región más transparente* (1958)– para aterrizar en José de la Colina y su crónica del café de chinos «en Isabel la Católica esquina con República del Uruguay o del Salvador», Jorge Ibarгүйen-goitia y sus reflexiones en torno al Zócalo («cualquier cosa



Casa de los Azulejos

que no sea quiosco en el centro de una plaza mayor es una aberración», Ricardo Garibay y la estación del Metro Pino Suárez («esto es un tianguis a lo bestia»), Marco Antonio Campos, José Alvarado, José Joaquín Blanco...

De este último se sugiere especialmente su colección de crónicas *Función de medianoche* (1981), donde leemos lo siguiente sobre el Eje Central:

Las ruinosas calles laterales (Vizcaínas, Meave, Ayuntamiento, Independencia, Delicias, etcétera) se adormecen con sus lúgubres hoteluchos, sus infrafondas, su insalubridad y sus transas, sus cantinas y sus costosas e inútiles escuelas-para-jodidos.

A mi juicio, el siglo termina con tres grandes obras: *La ciudad de los palacios* (1990) de Guillermo Tovar, la entrevista de Cristina Pacheco de 1996 titulada «Él también habla de la rosa» (1996), que se puede ver en YouTube, y el libro de Carla Zarebska sobre la Casa de los Azulejos, de 1999.

Más futuro que pasado

Hoy ningún cronista famoso vive en el Centro como antaño. Ya es gente que se mueve en su coche. Lo cual no es bueno ni es malo. Lo que vale son sus aportaciones a la crónica (el señor De Mauleón hace lo suyo con esmero, Juan Villoro ni se diga). Creo que Alonso Ruvalcaba es el único que sigue aquí, en Regina, y el de la voz aprecia un buen sus reseñas literarias de mercados y restaurantes.

De este siglo también me placen Magali Tercero y Héctor Manjarrez. Y Gonzalo Celorio, cuyo *Ciudad de papel* (2006) se concentra en:

Las voces de quienes la cantaron cuando era la región más transparente del aire; de quienes la describieron, azorados, cuando a ella llegaron allende el océano; de quienes la puntualizaron en términos científicos; de quienes la liberaron con sus discursos cívicos y sus artículos combativos y la relataron en sus costumbres y sucesos; de quienes hoy la registran, la definen, la inventan y la salvan de la destrucción. Las voces, en suma, que la han construido letra a letra.

En gran medida esa ciudad es el Centro.

De cielo parduzco y glauco como un hueso esgrafiado.

De crónica, lógica y mente relatadas cronológicamente.

De gente a la que nos gusta el pasado porque nos interesa el presente, y esto solo significa que tenemos mucho futuro delante.

Sí, lo mejor de nuestra crónica aún está por ocurrir. Lo demuestra el lector que ha llegado hasta aquí.¹¹ 

¹¹ Que me disculpe el lector por las imperdonables ausencias, pero la tradición de narrar este pedazo de ciudad que por siglos fue la propia ciudad es realmente extensa. No están todos los que son, pero sí son todos los que están. No es este un artículo erudito y completo, sino por fuerza uno arbitrario como lo son todas las antologías. Mi intención es motivar a que el lector busque más por su cuenta. ¡Y que se anime a «cronicar», por qué no!

Discos Chowell

POR SOFÍA MEZA

Sobre la calle de Mesones, a unos cuantos pasos de la zona de tiendas de instrumentos musicales, este pequeño local nos ofrece un viaje a través de una vasta colección de discos para todos los gustos desde hace más de veinte años.

AL LLEGAR AL NÚMERO 10 DE LA CALLE DE MESONES, entre el callejón de Aldaco y Bolívar, encontramos un pequeño oasis para los amantes de la música. Es fácil reconocer el lugar porque ahí se levanta un muro pintado con arte urbano. Y, además, en el estacionamiento nos aguardan unos cajones de plástico con discos en oferta.

Así sabremos que hemos llegado a Discos Chowell, una tienda que ha sabido forjar una clientela fiel gracias a la diversidad de música que ofrecen. Forman parte de la ruta sonora del Centro, pues Bolívar reúne la mayor parte de tiendas con instrumentos musicales y equipo de audio de la zona. Su propietario, el señor Jesús, abrió el local hace veintidós años, sin más guía que su propia pasión por coleccionar discos, la cual fue alimentando a lo largo de décadas completas.



CHOWELL DISCOS



SALIDA



No sabe bien qué responder cuando le pedimos que nos dé un estimado de cuántos volúmenes aproximadamente pueden encontrar los visitantes. Y es que no es cosa fácil: se cuentan por miles, pero además tiene muchos más en cajas, tanto en la parte trasera de su establecimiento como en su casa. Así que el lugar se vuelve un océano inabarcable. Esto garantiza que quien se acerque podrá encontrar algo que llame su atención: hay música clásica o ritmos afroantillanos, jazz o rock, algo de electrónica, *high energy* y demás géneros. Sin ir más lejos, mientras nos va relatando los trajines de la tienda tiene en sus manos una portada anaranjada, donde se alcanza a leer: «Los clásicos del *punk rock*». Al señor Jesús Chowell, en particular, siempre le atraeron el jazz y el blues.

Aquí no se encuentran novedades, sino algunas joyas únicas y además a precios módicos. Precisamente, don Jesús nos cuenta que muchos de sus clientes son coleccionistas. Vienen a surtirse sonideros, que luego pondrán los viniles en fiestas en barrios y colonias como Tepito, La Lagunilla, La Merced u otras zonas de la ciudad. También es una tienda que llama mucho la atención de los visitantes extranjeros, a quienes les atrae la decoración y el mobiliario. Y no es para menos: don Jesús diseñó la tienda de acuerdo con sus gustos. Del lado izquierdo, hay una cabina de dj; si uno voltea hacia arriba, verá discos plateados pegados en el techo. E incluso las lámparas también son diferentes: están elaboradas con antiguos viniles, de cuarenta y cinco y treinta y tres revoluciones por minuto, de gran colorido.



Casi un cuarto de siglo con este local le ha dado a su don Jesús una gran perspectiva de la zona. Pero su relación con el Centro es mucho más añeja. Nos cuenta que lleva en la zona más de cuarenta años. Diariamente ha hecho el recorrido desde su casa, que está por el aeropuerto, ya que justo al lado hay un taller de transformadores eléctricos para la industria que ahora atienden sus hijos, pero en el que él trabajó durante muchas décadas. Cuando sus hijos crecieron, decidió dejar ese giro para atender su pasión musical.

Uno de sus momentos predilectos es cuando la calle de Francisco I. Madero se convirtió en un andador peatonal. A don Jesús le llenó de gusto ver cómo las familias podían ir caminando seguras en el Centro, divirtiéndose. Nos cuenta que eso impactó toda la zona, pues antes de esta trans-

formación la calle donde él atiende solía verse mucho más desierta durante el día.

Además de los viniles, en la tienda uno puede encontrar algunos aparatos de segunda mano: tornamesas (caseras o para DJ's), mezcladoras, mats, audífonos, algunas bocinas, entre otras cosas. Sin embargo, él tiene claro que esto es complementario: lo que atrae a la gente es la música y, él mismo lo aclara, la nostalgia, pues estos artefactos están llenos de historia y nos transportan a otras épocas; pero, al mismo tiempo, no dejan de renovarse y adaptarse a las condiciones del presente, tal y como ocurre con este negocio que le pone algo de música a las calles del Centro. 📍

.....
Discos Chowell (Mesones 12). Lunes a sábado, 11 a 18 horas.



SANTVS

ALTERNATIVUM DEI QUM

TEMPLO DE SAN BERNARDO

POR ORIANA JC

Este recinto, cuya historia se remonta al siglo XVII, y sobrevivió a la demolición de su entorno inmediato cuando se creó la avenida 20 de Noviembre.

SOBRE LA AVENIDA 20 DE NOVIEMBRE, EN EL CUADRANTE situado entre Venustiano Carranza y República de Uruguay, se encuentra este recinto religioso, cuya historia se remonta al siglo XVII. Primero se fundó el convento (hoy desaparecido) en 1636, con recursos del acaudalado comerciante Juan Márquez de Orozco. Quienes llegaron a habitarlo, el 30 de marzo de ese año, fueron sus hermanas, que estaban enclaustradas en el convento de Regina Coeli, unas pocas calles al poniente de este lugar, luego de que la comunidad quedó dividida en el proceso para elegir a su abadesa desde 1635.

Poco tiempo después el convento corrió el peligro de ser clausurado. El problema es que la comunidad de monjas solicitó el permiso a las autoridades virreinales de la ciu-

dad, pero omitió pedir la autorización del Vaticano, que entonces era un requisito indispensable. Aunado a esto, entre 1668 y 1681 el inmueble tuvo varios problemas, a tal punto que fue necesaria una reconstrucción, como lo relata Manuel Toussaint en «El convento y la iglesia de San Bernardo».

Por su parte, la iglesia se erigió algunos años más tarde, su construcción estuvo a cargo del arquitecto Juan de Zepeda, quien también participó en la edificación de otros recintos que se hallan en el Centro Histórico, como La Encarnación y San Jerónimo. En las páginas de *Iglesias y conventos coloniales de México*, Lauro E. Rosell consigna que la primera piedra para erigir la iglesia se colocó el 24 de junio de 1685.



Exactamente cinco años después el templo fue dedicado. Así narra este episodio el cronista Antonio de Robles en su *Diario de sucesos notables (1665-1703)*:

Sábado 24, día de san Juan, se dedicó la iglesia de San Bernardo; salió el Santísimo Sacramento de la Catedral, que lo llevó el señor arzobispo; a sus lados el deán don Diego Malpartida y el arcediano don García de Legaspi, obispo electo de Guadiana, y asistió el cabildo, virrey, audiencia y religiones, y fue por Palacio; hubo fuegos, y a la noche siete muy buenos [...]. Domingo 25 fue la fiesta de San Bernardo; cantó la misa el señor arzobispo; predicó el doctor don José Vidal de Figueroa, canónigo magistral; estuvo descubierto el Santísimo Sacramento todo el día; a la tarde cantaron vísperas, y encerró el doctor Sierra, provisor.

A esta descripción de los festejos hay que sumar un texto que sor Juana Inés de la Cruz escribió para esa ocasión, elogiando tanto al arquitecto como al mecenas, José de Retes Largache Salazar:

Templo material, Señor,
os dedica quien intenta
que en el Templo de su pecho
tengáis perenne asistencia.
¡Así sea,
como el Alma lo desea!
Material demostración
es esta Fábrica excelsa,
para que los ojos miren
la que os fabrica la idea.



Durante el siglo XVIII el recinto volvió a experimentar daños, por lo que fue necesario realizar otros trabajos y volver a dedicar el templo en septiembre de 1777, de acuerdo con Manuel Rivera Cambas en *México pintoresco, artístico y monumental*. Aquí comienza otra etapa del convento que dura hasta 1861, cuando las monjas fueron exclaustradas a causa de las Leyes de Reforma. Primero fueron al convento de San Jerónimo, luego al de San José de Gracia, hasta que finalmente se llegó a la exclaustración total.

En el siglo XX volvió a experimentar un cambio serio, principalmente en su relación con el entorno. En 1930, en las páginas de la revista de *Obras públicas*, se publicó el proyecto que daría pie a la creación de la avenida 20 de Noviembre. Abrir la calle significó demoler una buena cantidad de construcciones, y aunque de este proceso se salvó el templo de San Bernardo, fue necesario reubicar una de sus fachadas, mediante técnicas de ingeniería.

Además, con este trazo queda afectado el Templo de San Bernardo –se explicaba entonces– [...], fijado por el Palacio Municipal y el edificio del Palacio de Hierro [...]. La solución [...] es la de desarmar una de las portadas de la fachada de este templo por el lado de Capuchinas [actualmente Carranza] para reconstruirla con frente a Ocampo [ahora desaparecida].

Es decir, el templo reduciría su tamaño por la necesidad de que el trazo de la nueva avenida pasara por ahí, sin embargo, con la reubicación se logró que se conservara una de sus fachadas, la cual ahora embellecería una de las esquinas. Gracias a esto, se salvó de una demolición mayor y hoy en día sigue siendo parte del patrimonio arquitectónico capitalino. 📍



Foto: cortesía Centro Cultural de España en México



Foto: cortesía de laO

Nueva Babilonia: Primero sueño y tormenta

El artista español y crítico cultural Marcelo Expósito cobró gran fama durante los ochenta gracias a su obra. Él concibe el arte como un medio para ejercer su activismo político. Ha expuesto en varias partes del mundo, pero destaca su participación en la Bienal de Venecia, la Bienal de Arte Contemporáneo de Berlín, la Bienal de la Imagen en Movimiento del Museo Reina Sofía y la Bienal de Taipei.

En marzo, el Museo Universitario de Arte Contemporáneo presentó la exposición *Nueva Babilonia: diseñar o no un trabajo como arte es una decisión táctica*, una retrospectiva de cuarenta años de su trabajo. Ahora, el Centro Cultural de España en México presenta *Nueva Babilonia: Primero sueño y tormenta*, que indaga en los problemas institucionales, culturales y políticos de la historia española.

En esta muestra, que abarca tres décadas, Expósito pone énfasis en procedimientos deconstructivos de apropiación, expropiación y desapropiación de violencias estructurales con ayuda de textos y poemas de sor Juana Inés de la Cruz, Susana Chávez y Manuel Vázquez Montalbán.

.....
Centro Cultural de España en México (Guatemala 18).
Martes a sábado, de 12 a 21 horas; domingos, de 10 a 16 horas. Entrada libre. Hasta el 12 de junio.

Expo Disonancia Mexicana

El Consejo de Investigación de Artes y Humanidades del Reino Unido, el Departamento de Gestión de Diseño, Fabricación e Ingeniería de la Universidad de Strathclyde, en conjunto con el apoyo del Museo Franz Mayer y la Escuela de Arquitectura, Arte y Diseño del Tec de Monterrey, presentan *Disonancia Mexicana*, una exposición que surgió a partir de una investigación de la O Design Studio.

Fundado en 2010, este despacho de diseño se especializa en la investigación como parte fundamental en el proceso artístico, ya que a través de ella se genera el valor y la innovación de los productos. No por nada su lema es «Innovación a través del conocimiento».

En esta muestra conoceremos más sobre la relación entre la identidad y el diseño mexicano contemporáneo en objetos como lámparas, vasijas, sillas, botellas y platos, además de ropa como vestidos y ponchos, accesorios y textiles ornamentales.

.....
Museo Franz Mayer (Hidalgo 45). Martes a viernes, de 10 a 17 horas, sábados y domingos, de 11 a 18 horas. \$75. Domingos, entrada libre. Hasta el 12 de junio.



Foto: cortesía Palacio de Bellas Artes

Temporada de la Sinfónica Nacional

Con el arribo de la primavera a la Ciudad de México también llega una de las épocas más queridas por los ciudadanos, las temporadas de la Orquesta Sinfónica Nacional, que año con año se encarga de musicalizar y traer a la vida a los grandes compositores clásicos.

La primera temporada de 2022 comenzó el pasado marzo y tendrá fechas hasta junio. Todas las presentaciones se llevarán a cabo en la sala principal del Palacio de Bellas Artes. El programa consta de quince conciertos distribuidos los viernes y domingos de cada mes.

De la mano del director artístico Carlos Miguel Prieto, los atrilistas interpretarán piezas emblemáticas como *Las cuatro estaciones* de Antonio Vivaldi, *Serenata nocturna N.º 6* de Mozart, *Serenata para cuerdas* de Piotr Ilich Tchaikovsky y el *Concierto para piano N.º 25* de Mozart, entre otras.

.....

Palacio de Bellas Artes (Juárez s/n). Viernes y domingos. Varios horarios. \$100-\$180. Hasta el 26 de junio.



Foto: cortesía Colegio de San Ildefonso

Un Cauduro es un Cauduro (es un Cauduro)

Egresado de la carrera de arquitectura y diseño industrial de la Universidad Iberoamericana, el pintor y escultor Rafael Cauduro es uno de los artistas más representativos de México. Ha intervenido las paredes del Metro de Londres y el de París, así como el de la Ciudad de México, sin olvidar su escultura *Memorias* en el Centro Cultural Los Pinos.

Para celebrar sus cincuenta años de trayectoria, el Antiguo Colegio de San Ildefonso presenta la exposición *Un Cauduro es un Cauduro (es un Cauduro)*, que contempla ciento cincuenta obras de pequeño y gran formato que nos permitirán conocer más de cerca su trabajo, sus inquietudes y sus pasiones.

Pinturas, dibujos, esculturas, vidrios y giclees conforman los diferentes ejes temáticos de la muestra de uno de los artistas visuales mexicanos con mayor presencia en espacios expositivos internacionales.

.....

Colegio de San Ildefonso (Justo Sierra 16). Miércoles a domingos, de 11 a 17:30 horas. \$50. Hasta el 26 de junio.

El Centro por día

MAYO 2022

SÁBADO 7 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

BUSCA TU FÓSIL

Centro Cultural de España en México (Guatemala 18). Gratis.

SÁBADO 7 | 14 HORAS

TEATRO

CUENTOS AFRICANOS TEATRO EN PLAZAS PÚBLICAS, TEATRO EN TU BARRIO

Plaza Santa Catarina (Honduras esquina con Brasil). Gratis.

DOMINGO 8 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN

VISITA GUIADA EN EL PALACIO DE MINERÍA

Palacio de Minería (Tacuba 5). \$30.

LUNES 9 | 17 HORAS

CONFERENCIA

LA SACRALIDAD DEL AGUA Y DE LA CUEVA ENTRE LOS NAHUAS Y LOS MAYAS

Academia Mexicana de la Historia
Transmisión por Facebook: Academia Mexicana de la Historia

MARTES 10 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



YVONNE DOMENGE. INTERCONEXIONES

Palacio de Cultura Citibanamex – Palacio de Iturbide (Madero 17).
Gratis.

MIÉRCOLES 11 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



HACIENDA ES PATRIMONIO EN EL MARCO DE LA CONMEMORACIÓN DE LOS 200 AÑOS DE LA SHCP

Museo de Arte de la SHCP. Antiguo Palacio del Arzobispado (Moneda 4).
Gratis.

JUEVES 12 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



ESCULTURAS DE LEONORA CARRINGTON

Museo de la Mujer (Bolívar 17). \$20.

VIERNES 13 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



LA DIOSA DE LA CASA DE REMBRANDT

Museo Nacional de Arte (Tacuba 8).
\$80.

SÁBADO 14 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



**MOSAICO GENÉTICO EN MÉXICO:
UNA MIRADA DESDE LAS ARTES**

Museo de la Ciudad de México
(Pino Suárez 30). \$34.

DOMINGO 15 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



**JARDÍN POLINIZADOR LAA:
ENTO MOTEL**

Laboratorio Arte Alameda (Dr. Mora
7). Gratis.

MARTES 17 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



**LA FOTOGRAFÍA A TRAVÉS DE LA
MIRADA DE FRANZ MAYER**

Museo Franz Mayer (Av. Hidalgo 45).
\$75.

MIÉRCOLES 18 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



**EL DERECHO A LA CIUDAD:
LOS MOVIMIENTOS URBANOS
POPULARES**

El Ágora, Galería del Pueblo (Plaza de
la Constitución 2). Gratis.

SÁBADO 21 | 9 HORAS

EXPOSICIÓN

**ACTIVIDADES RECREATIVAS Y
RESOLUCIÓN DE TRIVIAS EN EL
MARCO DEL RALLY 101 MUSEOS**

Museo Vizcaínas (Vizcaínas 21). \$40-
\$80.

DOMINGO 22 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



**LOS MURALES DE PABLO
O'HIGGINS O LA INVENCIÓN DEL
PORVENIR**

Museo Mural Diego Rivera (Balderas
s/n). Gratis.

JUEVES 26 | 20:30 HORAS

TEATRO



**LAS IRREMEDIABLES COSAS
DE NOSOTROS MISMOS**

Teatro de la Ciudad Esperanza Iris
(Donceles 36). \$250.

SÁBADO 28 | 19 HORAS

TEATRO



XHUNCA

Foro A Poco No (Cuba 49). \$196.

DOMINGO 29 | 13 HORAS

TEATRO



EL CORNUDO IMAGINARIO

Teatro del Pueblo (Venezuela 72).
Gratis.

PROGRAMACIÓN SUJETA A CAMBIOS

Cronistas:

Informadores del tiempo presente

¿Te imaginas cómo era la vida en la Ciudad de México hace doscientos años? Los olores, los sonidos, las costumbres de sus habitantes cambian cada día, y luego ya nadie recuerda cómo eran. Pero hay personas que registran todo eso para que la gente del futuro sepa cómo era la vida en un momento dado. Ellos son los cronistas y aquí tienes parte de un texto escrito por uno de ellos. Se trata del antiguo Paseo del Canal de la Viga, que hoy es una calle muy diferente. ●

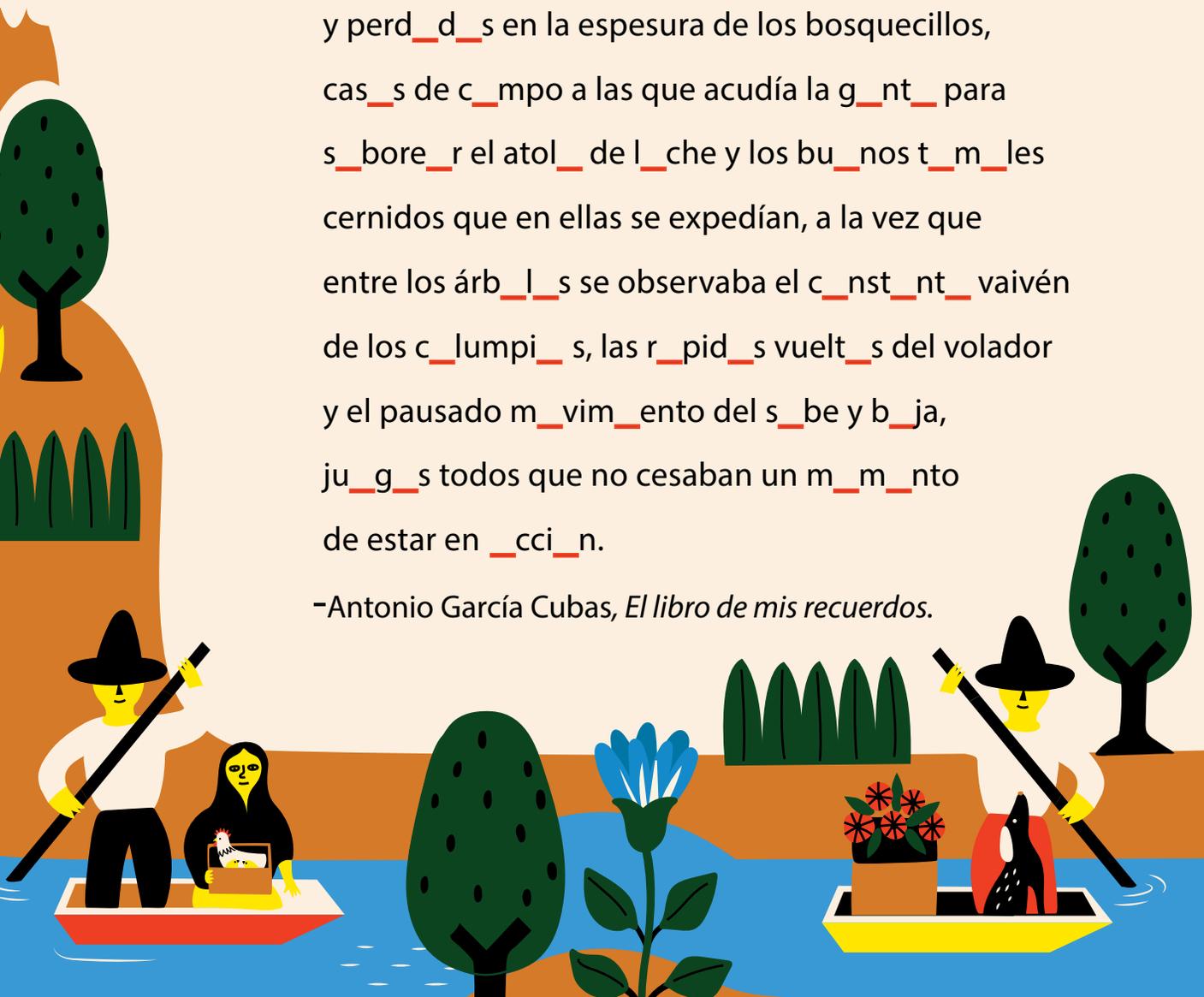


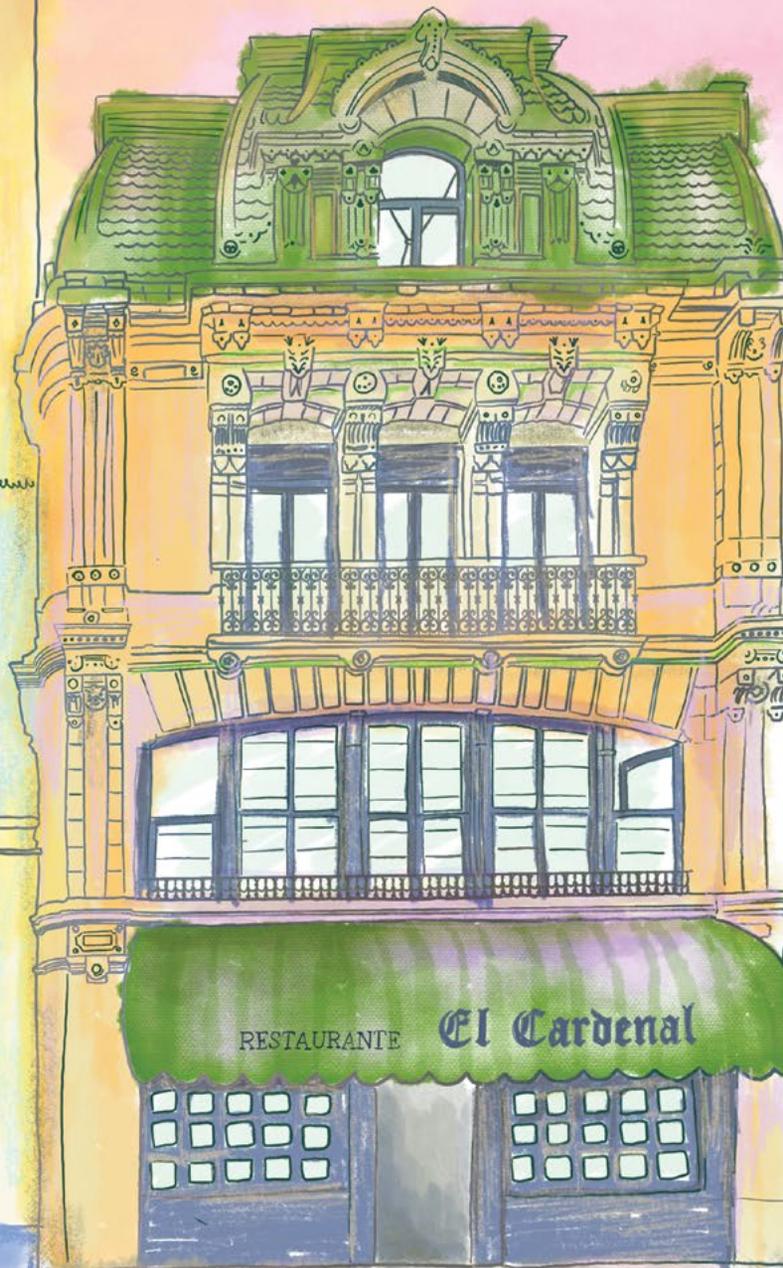


Completa las palabras para saber qué dice.

"[...] A or_ llas del [...] p_ seo se veían p_ qu_ ñ_ s
gr_ njas en que se apacentaba algún ganado,
y perd_ d_ s en la espesura de los bosquecillos,
cas_ s de c_ mpo a las que acudía la g_ nt_ para
s_ bore_ r el atol_ de l_ che y los bu_ nos t_ m_ les
cernidos que en ellas se expedían, a la vez que
entre los árb_ l_ s se observaba el c_ nst_ nt_ vaivén
de los c_ lumpi_ s, las r_ pid_ s vuelt_ s del volador
y el pausado m_ vim_ ento del s_ be y b_ ja,
ju_ g_ s todos que no cesaban un m_ m_ nto
de estar en _cci_ n.

-Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*.





SOFIA WEIDNER